



LA GOLONDRINA MENSAJERA.

I.

Se acerca el tiempo en que la interesante avecilla, que anima con su presencia durante el verano nuestros valles y poblaciones, emigra, apenas llega el otoño, en busca de otros países más cálidos que la vieja Europa, donde carece de alimentacion en los rigurosos meses de invierno. No os hablaré de la vida, viajes é instintos de la preciosa y utilísima golondrina, tan justamente celebrada por los naturalistas, tan defendida y obsequiada en todos los países cultos donde conocen los beneficios que reporta al hombre y á la agricultura, y tan encarnizadamente perseguida en algunas comarcas, que me abstengo de nombrar por no dar á sus crue-

les perseguidores el calificativo que merecen.

Os referiré simplemente una historia tan sencilla como llena de interes por su originalidad, en la cual figura en primer término una inocente golondrina, segun tradicion que se conserva en el país donde ocurrió el hecho, y que he oido relatar más de una vez, primero dulcemente recostado en el regazo materno, en la dichosa edad en que aún no se vislumbran los embates de la vida, y despues cuando ya la amargura de la experiencia nos amaestra á vivir dedicados á los fugaces encantos de nuestras primeras ilusiones.

Cuéntase de una época lejana, desde la cual han trascurrido algunos siglos, que en un pequeño lu-

gar situado al pié de la montaña, en las fértiles y pintorescas vertientes de la Sierra de Espadan, anidaba tranquilamente una golondrina en la modesta casa de un honrado labriego, decidido protector de sus graciosas huéspedes desde que oyó referir, según consta en antiguas crónicas, que D. Jaime el Conquistador mandó escoltar con gran cuidado y respeto, por toda una guarnición de guerra, á una pareja de confiadas golondrinas que vinieron á anidar en su tienda de campaña mientras levantaba la fortaleza del Puig, llamada entonces castillo de Enesa. Admiraba nuestro labriego las periódicas emigraciones de aquellas que consideraba como sus compañeras, por albergarse como otra nueva familia bajo el techo de su morada, y admirábale más el regreso de aquellas, no bien entraba la primavera, y el singular instinto que les conducía á habitar de nuevo su antiguo nido sin equivocarse jamás con otro alguno, y sin que nunca se les ocurriera establecerse en otro país más privilegiado, cuando tan hermosas comarcas debían contemplar en el curso de su vuelo. Indudablemente querían perpetuar su descendencia, pensaba el labrador, allí donde sabe Dios desde qué siglo se establecerán sus mayores.

—Pero ¿á qué punto del globo emigrarán estas avecillas durante

el invierno? Era la pregunta constante de nuestro hombre á su familia y á sus amigos cada vez que asomaba el otoño y cuando las veía regresar á la entrada del buen tiempo. Nunca obtuvo respuesta satisfactoria, porque esto ocurría en otra época, en que no se conocían los periódicos, ni las líneas férreas, ni los buques de vapor, ni otras tantas maravillas como han brotado del estudio de la ciencia.— Tú que tanto sabes, preguntó un día á su hijo, ya casi mozo, que había estudiado gramática con los padres del convento, ¿no adivinas á qué tierra se refugian las golondrinas cuando se alejan de este país y ántes que llegue el invierno?— Lo ignoro, contestó el muchacho; pero les daremos el encargo á ellas mismas, y es probable que á la primavera siguiente nos traigan la contestación.

No quedó muy satisfecho el buen hombre de la respuesta de su hijo; pero éste sorprendió aquella misma noche á una de las golondrinas, y auxiliado por su padre, que entre incrédulo y curioso murmuraba y aplaudía, quedó perfectamente atado á una de las plumas de la cola un diminuto y finísimo papel color de rosa, en el cual iba escrito el nombre del labriego y lugar de su residencia.

Trascurridos algunos días desaparecieron las golondrinas, dejan-

do en la casa tema suficiente para que se hablase de ellas todo el invierno, con la duda y la esperanza de verlas reaparecer á la primavera portadoras de la contestacion apetecida. Nadie creia que la ingeniosa idea del gramático pudiese dar por resultado un éxito lisonjero, porque no se podia confiar en que las golondrinas se albergasen en poblado en el país donde moraban en invierno, ni que hubiese una persona tan curiosa y apasionada por las aves como el labriego y su hijo, ni ménos que entendiese la lengua de cristianos en las regiones donde parasen las golondrinas. Era imposible, en fin, que trajesen contestacion alguna; pero de esta misma incredulidad nacia la esperanza de aquellas buenas gentes, que son cuanto más sencillas más inclinadas á lo maravilloso é inverosímil. Y así, comentando, sin creer y sin dejar de esperar, pasó el invierno y llegó la primavera, y aparecieron en el país las primeras golondrinas como vanguardia del gran ejército que las seguia.

Aquí crecieron las dudas, la esperanza y la zozobra, no sólo del labriego y de su hijo, sino de los vecinos del lugar, que sin saber cómo participaban todos del secreto sin que nadie lo hubiese dicho, y mientras unos reian y se mofaban del hecho, imaginaban otros que cada golondrina que al país llegaba

era portadora de un pliego cerrado del tamaño y condiciones de una partida de bautismo. Ya estaban casi todos los nidos de golondrinas que en el pueblo habia ocupados por sus habituales moradoras, y las que con tanto interes eran esperadas no parecian. Hasta se hubiera creido que se hacian las interesantes, sabedoras de que se las esperaba, para ser mejor recibidas. Mas como no hay plazo que no tenga su término, llegaron por fin las golondrinas, posándose desde luego en su casa natalicia, como saludando á sus antiguos amigos mientras reposaban de las fatigas de su largo viaje.

Jamás conquistador alguno ha sido recibido por su pueblo con tan entusiastas aclamaciones como fueron saludadas aquellas débiles ave-cillas. Y la alegría creció hasta el grado máximo del paroxismo cuando se rotó que una de ellas era portadora de una misiva, pues que traia arrollado en una de las plumas de su cola un papelito azul de color de cielo. ¿Qué duda cabia ya á nadie de que aquel papel encerraba una respuesta por tan largo tiempo esperada y que venia á satisfacer una curiosidad y á resolver una duda? Los comentarios se los hizo cada cual á su capricho; pero cundió la noticia por todo el pueblo, y allí acudieron las gentes y los vecinos del campo, viejos y jóvenes, mujeres y niños, y el médico y el

escribano y los frailes del convento, y el sacristan y el cura, y hasta los enfermos olvidaron sus dolencias y se presentaron en la casa del labriego, mientras los muchachos invadían la calle apiñándose unos sobre otros, esperando que cerrase la noche para enterarse del mensaje de que era portadora la golondrina.

Las inocentes aves, que nada de esto comprendían, si bien debía alarmarlas un tanto el inusitado bullicio de aquellas gentes, se retiraron á su albergue, dispuestas á reposar tranquilamente para emprender su cotidiana expedición apenas despuntase la nueva aurora. Acababan de cerrar los ojos rendidas de sueño y de fatiga, cuando una mano de hombre se posó sobre ellas, eligió al tacto la que le convenía, y con toda la delicadeza posible desató el papelito, y dueño de él se presentó en medio de la apiñada muchedumbre enseñándole con aire de triunfo como si acabase de descubrir el polo Norte ó las ignotas playas de un mundo desconocido. Una compacta exclamación de inocente alegría se levantó entre los concurrentes, á quienes el señor cura impuso silencio con un ademán, mientras se disponía á leer el diminuto papel que le entregara el hijo del labriego. El silencio más profundo sucedió á la bulla anterior, que volvió á crecer con más intensidad después que el sacerdote leyó

estas palabras escritas en buen castellano:

«Argel, en casa de Samuel, judío.»

Esta vez la exclamación de aquellas gentes fué indescriptible. No había duda: el mensaje estaba allí, vivo, patente, era un testimonio irrecusable del viaje de nuestras golondrinas. La ingeniosa idea del joven gramático, que así nombraban al buen Cristóbal, hijo del labriego, había dado un resultado satisfactorio, como no podía menos tratándose de un muchacho de tan peregrino talento. Llovíanle las felicitaciones, abrazos y cariñosos empujones, mientras el padre sonreía de satisfacción y le presentaba á su familia y á sus amigos orgulloso de su hijo y rebotando alegría por aquella escena, en la cual figuraba todo el pueblo. De pronto sonó una voz caída como un rayo en medio de aquel cuadro donde reinaba el júbilo y la alegría más completa, que se trocó en sentimiento para la familia del labriego al oír pronunciar estas palabras:

—¡Judías! ¡Conque vienen de casa de un hereje esas golondrinas!

—¡Y se albergan bajo el techo de un cristiano viejo!—repitió otra voz.

—¡Y todas las que al pueblo vienen, añaden otros, proceden, como esas, de los herejes!

—Así nos traen esas tormentas

como un castigo que nos envia el cielo.

—¡Cómo han de sazonar bien nuestras cosechas, si estamos infestados del viento de la herejía!

—Exterminemos esos pájaros que aquí nos envia el demonio para alentarnos al pecado.

—Sí, sí: ¡mueran las golondrinas! ¡Mueran!

Y estas y otras voces parecidas crecieron hasta el tumulto, sin que la elocuencia de Cristóbal, ni la calma de su padre, ni las razones de otras personas sensatas fuesen hábiles para tranquilizar á aquellas gentes sencillas, heridas por su propia exaltacion en la fe de sus creencias; y no se retiraron á sus hogares sino bajo el imperioso mandato de la autoridad local, que hubo de recurrir á la fuerza bruta, repartiendo sendos garrotazos á diestro y siniestro.

Entre tanto las inocentes golondrinas, que tan grande júbilo proporcionaran por unos instantes á

los vecinos del pueblo, habian traído, despues de todo, con su lacónico mensaje, una desgracia para la buena familia que las albergaba.

Las gentes empezaron á mirar de reojo al buen labriego, y á su mujer y á sus hijos, y los acusaban de herejes porque se albergaban en su casa las golondrinas judías. No tardaron en desaparecer los nidos de aquellas avecillas que hasta entonces confiaron en la proteccion de las gentes; se les declaró guerra á muerte, y ya no hubo paz para ellas, que en cambio de libertarnos de perniciosos insectos, se vieran cruelmente perseguidas. El nido de nuestras mensajeras persistió sin embargo en el mismo sitio que ocupaba: el dueño de la casa se enemistó con sus vecinos, pero tomó á empeño el conservarle contra la opinion de todos, y áun se cuenta que no dejó de comunicarse anualmente con Samuel el judío.

(Se continuará.)

JUAN B. PERALES.

EL NIÑO ARTISTA.

En los jardines de San Márcos, donde Florencia reunia las grandes obras de escultura, paseaba un día de 1490 un hombre de cuarenta y

dos años, feo, pequeño y contrahecho. Vestia con lujo y mostraba curiosidad de artista.

Examinó con minucioso cuidado

todas las estatuas de mérito, y al concluir su inspeccion envolvióse en su larga capa de terciopelo y se dirigió á la puerta.

Anduvo algunos pasos, y de repente se detuvo al lado de un niño que representaba trece ó catorce años, y que se entretenía en pulimentar con un cincel una cabeza de fáuno. Tan embebido estaba el niño en su trabajo, que no reparó en que era objeto de la curiosidad de un desconocido.

—¿Qué estás haciendo?—le preguntó el hombre con bondadosa sonrisa, despues de haberle visto trabajar un breve instante.

El niño levantó la cabeza, fijó en su interlocutor una larga mirada, y volviendo á continuar su obra, le contestó:

—Ya lo veis; estoy esculpiendo.

—¿Y quién te enseña á esculpir?

—Nadie; pero soy discípulo de Dominico Guirlandajo.

—¿De cuándo acá se ha hecho escultor Dominico?

—Nunca; yo tampoco soy escultor, que soy pintor como él.

—¿Y para quién esculpes?

—Para Mamurco.

—¿Quién te ha dado los cinceles?

—Granacci.

—¿Y el mármol?

—Los picapedreros.

—¿Y qué es lo que estás copiando?

—La cabeza de un fáuno.

—Déjame verla.

—Tomadla.

El hombre examinó la cabeza con visible interes; despues, devolviéndosela al niño, le dijo con afecto:

—Señor escultor, ¿quereis permitirme una advertencia?

—¿Cuál?

—Decidme ántes: ¿habeis querido hacer un fáuno anciano, nó es cierto?

—Sí.

—Pues entónces debo deciros que haceis mal en dejarle todos los dientes; por regla general á esa edad ya no se conservan todos.

—Teneis razon; vos debeis ser escultor, ¿eh?

—No.

—¿Sereis pintor?

—No.

—¡Ah! ¿Pues al ménos sereis arquitecto?

—No.

—¿Y qué es lo que sois?

—Artista.

—Entónces debo conocer vuestro nombre, porque sé el de todos los artistas florentinos; ¿cómo os llamais?

—Lorenzo de Médicis. Con que piensa en el consejo que acabo de darte, y cuando hayas concluido tu obra, ven á verme á palacio.

El niño, al saber que tenía ante sí al soberano de Florencia, se levantó apresuradamente; pero cuan-



do quiso saludar, ya el duque estaba léjos.

Al dia siguiente fué á palacio con la cabeza acabada; el consejo de Lorenzo Médicis habia sido atendido; al fáuno le faltaba un diente.

—¡Bien, hombre, bien! ¡Me agrada que me hayas hecho caso!— le dijo el duque contemplando la cabeza con placer;—y ahora voy á hacerte una proposicion: ¿quieres dejar á Guirlandajo y establecerte

en palacio, comer á mi mesa y hacerte á mi lado un gran artista?

—Sí, alteza.

—Pues entónces voy á instalarte ahora mismo; pero ántes dime cómo te llamas para poder nombrarte.

—Miguel Angel Buonarotti.

Pocos años despues, Miguel Angel llenaba el mundo con su fama de escultor y pintor.

ANTONIO FABIANY.

EL VIEJO Y EL NIÑO.

FÁBULA.

Todas las tardes, Conrado
Dejaba tranquilo el juego,
Y á su abuelo, que era ciego,
Lo iba acompañando al Prado.

—Tú te acordarás tal vez,
Y no tardará, lo fio,
De haber sido, niño mio,
Báculo de mi vejez.

Porque el tiempo, aunque está lejos,
Viene siempre muy de prisa,
¡Y cambiará la sonrisa
Por el llanto de los viejos!

Entónces, niño, tal vez
Sin ver á tu dicha obstáculo,
Tambien hallarás un báculo
En tu penosa vejez.

Que en nuestras horas serenas
Sirve de mutuo consuelo
Mirar que Dios desde el cielo

Protege las almas buenas.

—¿Y por qué, abuelo, barruntas
Que encuentre yo igual cariño?

—¡Ay! porque el viejo y el niño
Son almas que viven juntas.

El niño, en el cielo fijo,
La mano al viejo apretando,
Besósela, y derramando
Tristes lágrimas, le dijo:

—Deja, abuelo, que te abrace;
Para cumplir lo que quieres,
Tú eres un árbol que mueres
Apoyado en el que nace.—

El viejo, alegre y contento,
Lo estrechó á su corazon,
Y un eco de bendicion
Se oyó repetir al viento.

A. ALCALDE VALLADARES.



BATALLA DE LAS NAVAS.



El día 16 de Julio de 1212 señaló para la Cristiandad y para España uno de los hechos más gloriosos que habian de figurar en sus anales. Numerosas fuerzas mahometanas, al mando de Mohamed el Nasr, fueron detenidas junto al pueblo llamado El Hospitalillo, en la provincia de Jaen, por los reyes aliados de Aragon, Castilla y Navarra, dándose la sangrienta batalla que en un principio se llamó del Muradal y de Lorca y que posteriormente figura en nuestra historia con el nombre de Las Navas de Tolosa. Aquella batalla puso término al gran conflicto en que se hallaba la Cristiandad con la terrible expedicion musulmana. Cuatro relaciones existen de dicha batalla, escritas por otros tantos testigos presenciales de la misma, y son la del rey D. Alfonso VIII en su carta al Papa noticiándole la victoria; la del arzobispo D. Rodrigo; la de Arnolfo, arzobispo de Narbona, y la de los Anales Toledanos. La tradicion, sobreponiéndose á todos los relatos históricos, prestó á aquel hecho de armas un carácter verdaderamente milagroso, haciendo ascender á 200.000 el número de mahometanos que perdieron su vida en el combate, y limitando á 25 solamente las víctimas cristianas.

De todas maneras, y cualquiera que fuese el alcance de aquel suceso, es indudable que contribuyó poderosamente á quebrantar la dominacion sarracena en nuestra patria, iniciando nuevos triunfos, que habian de llevar dos siglos más tarde á las armas de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel á enarbolar la insignia de la cruz en las mezquitas de Granada. El rey D. Alfonso VIII, apellidado el Noble, y que desde la edad de once años lidió con varia suerte contra los moros hasta lograr la célebre batalla á que nos hemos referido, murió en 1214.



LA GRANJA AGRÍCOLA.

I.

La aspiración de todo hombre honrado deseoso de cumplir con su misión en la sociedad, debe ser crearse una posición digna, lucrativa é independiente, en el desempeño de la cual sea útil á sus semejantes. Y ésta no se encuentra, no es posible encontrarla en otra parte que en el campo. Los grandes centros de población, ciertamente que proporcionan ocupaciones honrosas y productivas; pero en su mayoría, además de no ser así, perjudican á la salud. Por otra parte, la vida del campo es más económica y más saludable que la de la ciudad, no sólo por los alimentos, siempre de excelentes condiciones, si que también por el plan de trabajo, tan distinto del que en aquella se sigue.

A esto puede ser que se nos objete diciendo que en el campo no existe cargo alguno digno de ser desempeñado por persona ilustrada. Empero quien tal crea está en un gravísimo error.

Hay uno, el de director de granja agri-

cola, que se debe considerar como de los más dignos y honrados y de los que principalmente contribuyen al bienestar y prosperidad del país. Ahora bien; nuestro objeto al publicar este trabajo no es otro que dar á conocer á los jóvenes, ocupados ya en estudios de aplicación, lo que es la granja agrícola y la manera de plantearla, así como cuáles son los conocimientos que ha de reunir quien aspire á la dirección de las mismas, conocimientos que se adquieren fácilmente en las granjas-modelo (1).

Si da algún resultado nuestro propósito, si contribuimos con nuestro trabajo á que la juventud tome el camino que en nuestra opinión debe seguir, nos daremos por muy satisfechos.

(1) De éstas existen un corto número en nuestro país, y son: la de Vega, fundada por la condesa de Espoz y Mina y subvencionada por la Diputación de la Coruña; la de Pontevedra, fundada y sostenida por la Corporación provincial; la de Illescas, cuya fundación y sostenimiento débese á una Sociedad particular, y por último, las de Barcelona y Aranjuez.

II.

En la granja agrícola (1) analizase el suelo laborable, se cosecha el grano, se reduce éste á harina, con la que se hace el pan; se obtiene la uva que más tarde ha de proporcionarnos el vino; se produce la leche, con la cual fabricase queso y manteca; se crían los gusanos productores de la seda y las abejas, insectos á quienes debemos la miel y cera, etc., etc.

El personal facultativo de una granja agrícola, deben formarlo el director, jefe de explotación y un capataz. El primero tendrá á su cargo todo cuanto con la finca se relacione, asumiendo la responsabilidad de los resultados obtenidos en los diferentes trabajos efectuados. Así es, que la persona que haya de ejercer este cargo, es indispensable reúna condiciones muy especiales de inteligencia, competencia, probidad y celo extraordinario, teniendo además carácter enérgico y recto.

Al capataz ó auxiliar, aunque con atribuciones más limitadas, no han de faltarle tampoco las cualidades mencionadas, tanto porque es el que debe sustituir en ausencias y enfermedades al director, cuanto porque de carecer de alguna de esas condiciones, quizá dejarían de cumplirse las órdenes dadas por el jefe de la explotación.

Toda granja agrícola habrá de contener edificios sólidos y capaces para establecer las diferentes dependencias de que ha de componerse, á saber: molino de granos, laboratorio, taller, museo, colmenar, magnanería, lechería, panadería, establo, cuadra, porquera, aprisco, corral, palomar, bodega, departamento donde se estruja la uva y la aceituna, y almacén.

Ocupémonos por el orden que los hemos escrito de cada uno de estos departamentos.

Molino.—Se dirá por algunos que el molino no es indispensable en una granja agrícola, empero sostener esto es no comprender la índole de dichos establecimientos.

(1) Hay tres clases de granjas; la granja-modelo, que es el establecimiento de enseñanza y explotación; la granja, propiamente dicha, sólo de explotación en lo relativo á cultivo; y la agrícola, de explotación completa, ó sea en cultivos é industrias derivadas de la agricultura.

tos, pues que de ser así llegaría el caso de que la granja agrícola se formara únicamente de tierras en las cuales se cultivasen diversidad de plantas, confundiéndose con la granja propiamente dicha.

Los molinos harineros pueden diferenciarse entre sí por la clase de construcción, por sus dimensiones y por el motor empleado para imprimirle movimiento, puesto que los hay de vapor, de viento, de agua y de fuerza animal. Considero muy preferente el de vapor, pues que hasta hoy es el de mejores resultados, no sólo en cuanto á la cantidad y calidad del trabajo, si que también en lo relativo á los gastos de planteamiento. Y entiéndase que hablamos en general, pues hay casos especiales en los cuales conviene mejor el agua y otros en que debe preferirse el viento.

Para establecer un molino harinero completo, de vapor, ha de atenderse á varios puntos:

Contar con buen molinero (1) y maquinista y tener facilidad de proporcionarse con economía el combustible necesario, é igualmente agua cristalina (2).

Si nos falta algo de esto que dejamos consignado, será una verdadera quimera pensar siquiera en establecer el molino de vapor, pues aún suponiendo que lo llegaríamos á instalar, seguramente nos encontraríamos en la marcha con entorpecimientos y obstáculos imposibles de vencer.

Ocupémonos ahora del planteamiento. Necesítase para conseguirlo disponer de cuatro departamentos en la planta baja, uno en la principal y otro en un segundo piso. En cada uno de los primeros estableceremos, respectivamente, la máquina, las piedras ó muelas, la báscula y la cuadra; y en el principal las tolvas por donde se echa el grano y el cedazo que sirve para clasificar las harinas y salvados.

En el último piso se colocará la limpia. Conviene mucho que la subida de los sacos

(1) El buen molinero debe saber picar muy bien la piedra, operación de gran importancia.

(2) Cuando el agua que ha de alimentar la máquina no está perfectamente limpia, el consumo de combustible se hace mucho mayor, hasta el extremo de que nosotros hemos necesitado para moler 28 fanegas de trigo, disponiendo de agua sucia, la misma cantidad de carbon que para moler 106 con agua cristalina.

á este departamento se haga por medio de elevadores, con lo cual no sólo evitaránse molestias á los que van á moler, sino que también se economizarán brazos y por consiguiente jornales.

La máquina debe ser de esmerada construcción, advirtiéndose que las economías en este punto son siempre de fatales consecuencias. Asimismo debe estar perfectamente emplazada. Tanto el maquinista como el fogonero han de ser personas que á una gran práctica reúnan buenas condiciones de carácter, honradez, etc., etc.

Entre la máquina fija y la locomóvil debe preferirse á esta última, porque tiene la inmensa ventaja sobre la primera de ser de fácil aplicación en otros trabajos, como por ejemplo, elevación de aguas, trillar y aventar.

La transmisión entre la máquina y las piedras se consigue por medio de correas de diversas longitudes, según la distancia que haya entre los dos aparatos.

El molino, propiamente dicho, tiene que estar muy bien emplazado. Lo mismo que hemos manifestado respecto del maquinista y fogonero repetiremos al hablar del molinero, que debe ser inteligente y de excelentes cualidades.

En un molino, la operación principal es el picado de las piedras, operación que no todos saben hacer. Afortunadamente, este trabajo no es ya indispensable, pues empleando el nuevo aparato para moler, inventado por el laborioso é inteligente mecánico de Madrid Sr. Fombuena, obtienen-se, en general, resultados tan satisfactorios como con las mejores piedras. El aparato en cuestión es sencillísimo y difícil de des-

componer, así como muy fácil de reparar cualquier desperfecto que en él ocurra. Sirve para moler toda clase de granos; pimiento llamado de tomatillo, del que se hace pimentón, y hasta el mineral. Nosotros hemos presenciado la molienda de trigo duro, y ha producido harina muy buena y salvado superior. El motor era una locomóvil fuerza de doce caballos, la cual trabajaba á cuatro atmósferas ó sea sesenta libras. En una hora molieronse 12 fanegas.

No terminaremos con lo relativo al molino sin hacer una observación que encierra inmensa importancia. Generalmente vemos que hay un gran descuido en lo que se refiere á la ventilación en el departamento donde se hallan las piedras, y sépase que esto ha producido y está produciendo todos los días accidentes de terribles consecuencias. Y se comprende que suceda así, porque siendo, como es, inflamable el polvillo que produce el grano al molerse, nada más fácil que una explosión en el departamento de las muelas, siempre que falte la corriente de aire; basta para ello encender una cerilla.

Ocupándonos ahora del peso ó báscula, diremos que debe ser perfectamente exacto y estar á cargo de una persona de toda confianza, y al propio tiempo que no deje engañarse fácilmente.

Triste es tener que atender á esta última circunstancia; pero la desgracia ha hecho que el estado actual de nuestra sociedad no sea el mejor, y por consiguiente que nos veamos obligados á desconfiar.

¡Feliz el pueblo que puede ser confiado!

(Se continuará.)

LUIS ALVAREZ ALVISTUR.

EL AGUA.

(Continuación.)

—Antes de hablarte del Océano, quiero, querido Juanito, decirte algo más del hielo, hablándote de

ciertos países siempre cubiertos de él.

Tú ya sabes que la tierra que ha-

bitamos es un esferoide que gira alrededor de un eje imaginario, y que los extremos de este eje se llaman *polos*: tampoco ignorarás, puesto que has estudiado geografía, que la tierra se halla dividida en su mayor diámetro por un círculo equidistante de los polos llamado *ecuador*, y que á partir de este ecuador hay otros círculos llamados *paralelos*.

—Sí, papá, ya sé todo eso.

—Tambien sabrás que á 23° 28' de cada uno de los polos se hallan dos círculos llamados *polares*, conociéndose con el nombre de *círculo polar ártico* ó *boreal* el correspondiente al polo Norte, y el de *círculo polar antártico* ó *austral* el que corresponde al polo Sur.

—Tambien lo sé eso, papá, y sé que esos dos círculos están comprendidos en las *zonas glaciales* y hace en ellos mucho frio siempre; pero de eso á que haya siempre hielo va mucha diferencia.

—Pues no debes dudarlo, porque lo prueban las relaciones de muchos viajeros que han recorrido aquellas regiones, y que han dado nombres á los parajes que descubrian.

Estos países, que se ven privados de la luz del sol durante muchos meses, ó la reciben muy oblicuamente, desconocen por completo el benéfico calor que vivifica otras regiones; la ausencia de este calórico desarrolla inmensos campos de hie-

lo, imposibles, ó por lo ménos muy difíciles de explorar por el hombre.

Estos hielos tienen algunos miles de leguas de extension, y coronan las dos extremidades del eje terrestre y sus bordes, que aumentan en el invierno, se derriten y rompen en el verano, y sus restos, comparables á montañas por su magnitud, flotan en la superficie de los mares hiperbóreos, siendo arrastrados por las corrientes polares hácia las zonas templadas, donde no tardan en deshacerse bajo la influencia de las corrientes ecuatoriales.

—¿A que sé por qué sucede eso, papá?

—¿Por qué, Juanito?

—Por una razon muy sencilla; como el agua se evapora todos los dias, acabarian por secarse los mares si no entrara en ellos agua en sustitucion de la evaporada: por eso Dios, que es muy sabio, dispuso que los polos fueran un depósito de donde tomara el mar el agua que pierde continuamente; ¿no es eso?

—Así efectivamente, y me complace sobremanera tu explicacion, porque me prueba que no son perdidas mis lecciones. Sigamos la de hoy.

Los límites de los hielos polares, aunque variables en dos pormenores, conservan sin embargo la misma extension, y desde la punta más meridional de Groenlandia se elevan algunas veces al 80° de latitud; de

allí descienden á la costa de Nueva Zembla ó de Siberia, despues de haber formado una profunda bahía al Sudoeste del Spitzberg, se extienden despues á lo largo de las costas de Asia, cierran con frecuencia el estrecho de Behering, y se prolongan á lo largo de la América septentrional, hasta la bahía de Baffin, de la cual ocupan una parte.

—Pero eso es en el polo Norte solamente.

—Cierto, Juanito; y no te he hablado del Sur, porque esas regiones no han sido tan exploradas, ni son tan importantes como las septentrionales.

—¿Por qué, papá?

—Porque en el polo Sur todo es mar desde el cabo de Hornos, que es la punta más meridional de la América, y ninguna utilidad redundaba de la exploracion de esa parte del globo, en tanto que en el polo Norte que se halla rodeado de tierras, pues la América y el Asia llegan hasta él, podian encontrarse grandes ventajas de su exploracion, cuales son la del descubrimiento de un mar libre, que uniendo el Asia y la América septentrional, evitaria las largas travesías del Atlántico.

—¿Y en qué forma se presentan los hielos, papá?

—En diferentes formas, que los ingleses, que han sido los que más han explorado aquellas regiones,

han bautizado con los nombres de *icefields* ó campos de hielo, *icebergs* ó montañas de hielo, é *icebanks* ó bancos de hielo.

Se da el nombre de campo de hielo á superficies heladas tan vastas que sus límites no se divisan desde el palo mayor de un buque: estos campos, que tienen algunos 300 ó 400 leguas cuadradas, se elevan de uno á dos metros sobre la superficie del agua y se hunden seis ó siete metros por debajo de ella, formando al romperse los *bancos* flotantes de hielo, que arrastrados por las corrientes giran sobre sí mismos con una velocidad de muchas leguas por hora; á veces se encuentran dos de estos bancos que marchan en opuestas direcciones, y ¡desgraciado entónces el buque que por casualidad se encuentra entre los dos enormes témpanos! un instante basta para deshacerle.

Las montañas de hielo provienen segun se cree de restos de ventisqueros de la costa, cuyos fragmentos desprendidos se deslizan hasta las bahías siendo arrastrados mar adentro.

—¿Y son muy grandes las montañas de hielo, papá?

—Bastante, Juanito; las de los mares del Spitzberg y de la Groenlandia, que son las más pequeñas generalmente, llegan á tener 30 ó 40 metros de altura, y en la bahía de Baffin se han visto algunas de

más de 100 metros de elevacion.

—Pues eso no es mucho, papá.

—Sí lo es, hijo mio, porque comparando la densidad del hielo con la del agua (910 la primera y 1.026 la segunda), se ve que cada una de estas montañas tiene debajo del

agua un volúmen siete ú ocho veces mayor que el que se ve sobre ella, de modo que una montaña de 100 metros de altura tiene 800 ó 900 de espesor total.

(Se continuará.)

VENTURA MAYORGA.

MI MADRE.

Cuando el fatigado espíritu
Busca en la noche callada
El reposo necesario
Que en vano invoco con ansia;
Cuando horrible pesadilla
Se apodera de mi alma
Y me hace ver mil espectros
Que al lado mio se instalan,
Y unos me miran airados
Y otros con risas sarcásticas,
O compasivos me animan

O coléricos me espantan,
Veo salir de entre todos
Uno de amante mirada
Que se acerca, y en mi rostro
Pone sus manos heladas,
Y sus labios en mi frente,
Y en mi oído estas palabras:
«No temas; duerme, hijo mio,
Es tu madre que te guarda.»

PEDRO GROIZARD.

ACTUALIDADES.

El colegio de las Escuelas Pías de Valencia, ha aumentado recientemente sus ya ricos gabinetes de Física, Química é Historia Natural. En dicho colegio se facilita enseñanza gratuita á más de mil trescientos alumnos externos de instrucción primaria, elemental y superior, dándose además á los pobres los libros, papel, plumas y demas útiles necesarios, y la comida del mediodía á doscientos niños de extrema pobreza; debiendo advertir que para atender á los gastos que todo ello ocasiona, existe fundada en la iglesia del colegio una asociación piadoso-caritativa con el título de Nuestra Señora y San José de Calasanz. Para los alumnos internos se da completa la segunda enseñanza.

En las Escuelas Pías de San Antonio Abad de Madrid, se han efectuado últimamente importantes obras para la mayor comodidad é higiene de los alumnos que siguen sus estudios en dicho establecimiento. Desde el próximo curso serán admitidos en el mismo alumnos medio-pensionistas, previa solicitud al Rector de dichas Escuelas.

Hay en París un crecido número de niños que no pueden ir á la escuela porque sus padres se hallan en la imposibilidad de procurarles los vestidos indispensables y el alimento necesario en la comida de la tarde. Las cajas escolares recientemente organizadas en muchos barrios de París, van á satisfacer en cierta medida la pri-

mera de estas necesidades, ó sea la falta de vestidos y de calzado.

Además hay el proyecto de establecer cocinas económicas en las escuelas, y los niños podrán por 10 ó 15 céntimos recibir el alimento necesario.

El Sr. Secretario de la Intendencia de la Real Casa nos ha favorecido con un ejemplar del Reglamento del Real Colegio de San Lorenzo del Escorial, objeto de la predilección constante y poderoso apoyo de S. M. el Rey. Instalado ya dicho Colegio en el nuevo y grandioso local que se le ha destinado, y dotado de todos los elementos necesarios para que pueda darse en él una amplia enseñanza, puede considerársele como uno de los primeros de Europa.

En dicho establecimiento se da á los colegiales una severa educación religiosa, juntamente con la instrucción científica y de adorno; se ejerce sobre los alumnos una vigilancia paternal; se excita su emulación con premios, y se arraiga en sus corazones la fe religiosa y el amor al cumplimiento de todos los deberes.

Por lo que se refiere á la educación científica de los alumnos, nada se ha omitido de cuanto los modernos adelantos exigen; así es que para la enseñanza práctica de las diversas asignaturas que en él se explican, cuenta este Real Colegio con magníficos y completos gabinetes de Física y Química é Historia Natural; con un gran laboratorio de Química y con un abundante y notabilísimo material para la enseñanza primaria superior y la de Matemáticas y Geografía. La clase de Dibujo está dotada de mesas sistema *Rösler*, traídas expresamente de Viena para el servicio del Colegio, habiéndolas también del sistema *Sonnen schein*, construidas en Londres, para los salones de estudio. Dispone además el Establecimiento del especial y rarísimo material de enseñanza que tanto llamó la atención del público cuando estuvo expuesto en uno de los salones del Real Palacio de Madrid, y que fué adquirido en el extranjero, y particularmente en la Exposición Universal de París, de encargo y á expensas de S. M. el Rey, por el actual Director del Colegio; y, por último, para el estudio teórico-práctico de la agricultura

tiene á su servicio una extensa y bien cuidada huerta, contigua al célebre Monasterio.

Recomendamos á los padres de familia el *Colegio Matritense*, establecido en la calle Mayor, 73, principal, donde además de la instrucción primaria completa, pueden cursar los alumnos todos los estudios de segunda enseñanza y los preparatorios para carreras especiales.

La fe católica se ha ido difundiendo en el mundo en la asombrosa proporción siguiente:

				Católicos.
Al fin del siglo I		se contaban		500.000
»	»	II	»	2.000.000
»	»	III	»	5.000.000
»	»	IV	»	10.000.000
»	»	V	»	15.000.000
»	»	VI	»	20.000.000
»	»	VII	»	25.000.000
»	»	VIII	»	30.000.000
»	»	IX	»	50.000.000
»	»	X	»	56.000.000
»	»	XI	»	70.000.000
»	»	XIII	»	85.000.000
»	»	XIV	»	90.000.000
»	»	XV	»	100.000.000
»	»	XVI	»	125.000.000
»	»	XVII	»	185.000.000
»	»	XVIII	»	250.009.000

Al finalizar el siglo XIX, seguramente el número de católicos llegará á 300.000.000. El mundo entero reconocerá al fin el reinado de Jesucristo.

Llama la atención actualmente en algunas ciudades de Europa el niño Frank, húngaro de nacionalidad, que cuenta hoy seis años, pues nació en Octubre de 1873. La organización de su cerebro es tan especial, que resuelve de memoria y con inconcebible rapidez problemas difíciles de aritmética. Extraer la raíz cuadrada ó la raíz cúbica de una cantidad compuesta de siete ú ocho guarismos; elevar números á la 4.^a ó á la 5.^a potencia, es un juego para Mauricio Frank. Las sumas largas, que son un escollo para más de una inteligencia formada,

y las multiplicaciones más difíciles las hace casi instantáneamente. Durante una sesión que daba en un teatro de Viena, le preguntó un rico comerciante de aquella capital, creyendo sorprenderle, «que cuántos segundos había vivido, suponiendo que su edad fuera de cuarenta y cinco años.» No bien había concluido el comerciante de formular su pregunta, el pequeño Frank le contestaba con una seguridad pasmosa:

—Ha vivido Vd. 1.419.120.000 segundos, contando todos los años á 365 días.

¡Multiplicar es!

Merecen ser conocidas las disposiciones que, siendo gobernador de Albacete el señor Rodríguez Ferrer en 1876, hizo fijar en los pórticos de las parroquias y casas de ayuntamiento. Decían así:

«Este aviso se fija aquí en obsequio de los campos, de sus frutos y de la caza y pesca.

Erizo.—Se alimenta de insectos, gusanillos, limazas y larvas y otros muchos animales perjudiciales á la agricultura.—*No mateis los erizos.*

Topo.—Destruye sin cesar los gusanos, larvas é insectos dañinos. No se alimenta de vegetales. Hace más beneficio que mal.—*No mateis los topos.*

Sapos.—Ayuda de la agricultura, destruye de 20 á 30 insectos por hora.—*No mateis los sapos.*

Moscardones, abejorros y sus larvas.—Enemigos mortales de la agricultura, ponen de 70 á 100 huevos.—*Matad á estos animales.*

Nidos.—No los cojais para destruir sus huevos, porque matais, tanto al pájaro que limpia de insectos vuestros campos, como al que viene con sus cantos á alegrarlos. Pocas provincias como ésta habrán conocido más la benéfica intervencion de los pájaros para devorar la langosta en estado de mosquito, cual lo han afirmado los ayuntamientos de Albacete y La Roda. Despues, disminuís vuestra caza de perdiz y codorniz.—*No destruyais sus nidos.*

Peces.—No enturbieis vuestros rios y manantiales con cal: envenenais sus peces y sus crias, y os faltará despues la pesca.—*No echeis cal á los peces.*»



Juanito no contesta á las preguntas de los examinadores. Sin duda está pensando que sería muy buena cosa entrar en la segunda enseñanza sin necesidad de acreditar haber cursado la primera.